

que al principiar la Cámara sus sesiones ya estaban divorciados el rey y su gobierno, habiendo aquél advertido á éste que no consentiría que se arrastrara su corona por el lodo, y no habló menos severamente á la comisión de la Cámara de diputados al presentarle la contestación de la Cámara. Martignac y Portalis, que también era ministro, comprendieron ya desde este momento que se caminaba á una catástrofe.

Obligado el gobierno á caer del lado de la liberal desde el momento que no quería ser gobierno de resistencia, principió su campaña política introduciendo en la Cámara varias leyes destinadas á reformar las vigentes sobre materia electoral, para cuya campaña podía contar Martignac con las izquierdas, mas también, como así sucedió, con la oposición de las derechas reunidas; pero conciliador por temperamento el nuevo gobierno, y convencido por otra parte de que la situación no podía salvarse sino siendo fiel á la Carta, logró desunir la oposición, mostrándose, no ya imparcial, sino deseoso de llegar á la seguridad absoluta de la legalidad en materia de elecciones, como lo demostró luégo manteniéndose indiferente en las elecciones complementarias que debían hacerse en cuarenta y cinco distritos. Este convencimiento de la Cámara dió á la ley ciento cincuenta y nueve votos contra ochenta y tres.

Fueron estas elecciones motivo más para convenirse de los verdaderos sentimientos del rey, pues como debieran hacerse algunas de ellas en París, los electores exigieron de sus candidatos que se presentaran delante de ellos á exponer sus programas políticos, lo cual, por natural que sea, como era la primera vez que esto se veía en Francia, Carlos X ya no veía por su parte en ello más que la imposición de la democracia; así, le dijo á Martignac «que ya podía ver á dónde conducía su política.»

Nuevas manifestaciones del disgusto del monarca tuvo que sufrir el gobierno con ocasión de su ley de imprenta, ley relativamente liberalísima y que por de momento satisfacía á la oposición, tanto que los tribunales, como si quisieran protegerla contra los excesos, pasaron de su benignidad, en materia de delitos de prensa, á la severidad, que sintió de los primeros Beranger por sus *Canciones inéditas*, que le costaron una fuerte multa y nueve meses de cárcel.

Júzguese por lo dicho de los disgustos y sinsabores que tuvo que sufrir el gobierno en la cuestión de los jesuitas, que no podía dejar Martignac de abordar, para sustraer la educación pública, cuya acción era verdaderamente salvar el porvenir inte-

lectual de Francia. ¿Pero cómo había de consentir, ya no solo el rey, sino el ministro de Justicia, el obispo de Beauvais, que se separasen los jesuitas de la enseñanza y se cerraran los ocho colegios que poseían? El obispo declaró que él no firmaría ordenanza alguna sin que los obispos le autorizaran, y éstos se negaron, pero con un *non di meno*, frase de la época, inventada por el embajador español en Roma, Vargas, que había ya notado que la Curia romana abría siempre á sus negativas la puerta con un *á no ser que*, que convertía la negativa en afirmación. Con un *non di meno* contestó la Curia al mismo rey y al pobre ministro obispo cuando le dijeron que hablara en vista de que el clero no quería someterse á las ordenanzas sobre los jesuitas, que el rey firmó el día que vió sobre la mesa de la Cámara de diputados la acta de acusación contra el ministerio Villele, pues Martignac le dijo que la manera de salvar á su antiguo ministro era firmar las dichas ordenanzas, por las cuales se sometían todos los colegios de instrucción pública á la Universidad, y por las cuales además se pedía á los profesores todos una declaración jurada de no pertenecer á orden alguna religiosa que no estuviera legalmente establecida en Francia.

Los obispos franceses ya habían, antes que la Curia, contestado con un *non di meno* al obispo ministro y al rey cuando estos les pidieron su opinión sobre las ordenanzas. Los obispos contestaron condenándolas, pero declararon que el rey era el que debía decidir si eran ó no oportunas. Esto, que aquí llamamos nadar y guardar la ropa, era lo que hacía entonces la Iglesia. La ira de los obispos de Francia se fundaba, pues, en haberse prevalido el gobierno francés de su *non di meno*, que es lo que hizo Roma: condenar las leyes, pero dejar al rey en libertad de publicarlas.

Cuando esto supo Lamennais, que esperaba que Roma se impondría á Martignac, fué cuando rompió abiertamente con el papado, acusándole de entregar á sus enemigos la casa del Señor.

Pero no se crea que por haber dejado Roma al rey en libertad de hacer lo que le pareciera, se aquietaran los obispos franceses, pues los hubo como Clermont-Tonnerre, que declararon que no obedecerían nunca lo que consideraban atentatorio á los derechos de la Iglesia, cuyos derechos, ahora disputados, eran los relativos á la libertad de enseñanza que la Iglesia creía que sólo existía para ella, declarando con el mayor desenfado como de su monopolio,—que ella decía derecho,—la dirección de la instrucción pública del país.

Como ya se comprende, Martignac, con su política supo atraerse el centro izquierdo, el partido doctrinario, que le daba medios para gobernar y deshacer la obra de Villele, y como estos resultados eran positivos, no debe extrañarnos que la izquierda radical, se atemperase á los consejos de prudencia que le daba el centro izquierdo y que por lo mismo discurrieran las sesiones de la Cámara de los diputados con una tranquilidad nunca vista, llegando hasta el extremo de comunicar al presidente de la Cámara, que lo era el mismo Royer-Collard, los discursos que iban á pronunciar los diputados más intransigentes, para que dijera si estaban conformes con el tono de la Cámara; esto indica hasta dónde llegaba la confianza que inspiraba Royer-Collard á la izquierda de la Cámara, siendo cierto que la derecha y sus representantes más exagerados no le trataban con menor consideración, la cual se merecía por su austera virtud, digna del hombre que había hecho del estudio de la filosofía el fundamento de su reputación.

Royer-Collard nació en 1763 en Sampuis, en Champagne. Durante la época revolucionaria se le vió durante un cierto tiempo al lado de Danton, su compatriota, y después ejercer la secretaría del Ayuntamiento de París al lado del mártir Bailly. El terror le disgustó y se volvió á su casa, en donde se entregó á los trabajos agrícolas y al estudio de la filosofía. Incapaz de servir la situación militar creada por el imperio, se puso al lado del partido realista. Desde 1814 que entró en la Cámara de diputados, su saber y su honradez unido á su elocuencia le crearon el puesto principal que en ella ocupaba ahora. Pero Royer-Collard no era, en suma, más que un catedrático de Filosofía de la Universidad, que hacía política, y, por consiguiente, mala política, porque una cosa es pensar el mundo tal cual ha de ser, y otra cosa es tomarlo en consideración tal cual es. Así, todo lo que no se ajustaba á su molde, lo rechazaba como peligroso, porque su sistema era antes que todo. Asimismo menospreciaba á los Thiers, á los Mignet y á los Broglie, á quienes llamaba «los pequeños girondinos de la política y los grandes jacobinos de la gramática,» atormentándole sobre todo como una pesadilla el ingreso en la Academia de Francia, de los Scribe, los Víctor Hugo y los Vigny. Por idéntica razón un día rompió con los Quatremere de Quincy al hacerse éste ultra realista, con de Serre, con Guizot, etc. Júzguese, pues, por este retrato, lo que había de ser Royer-Collard como presidente de la Cámara; era en ella, en suma, ni más ni menos que lo que era delante de sus dis-

cípulos en la cátedra de filosofía de la Universidad, esto es, un maestro que no consentía que nadie discrepase de sus enseñanzas. Por esto los hombres de temperamento enérgico é independiente de la Cámara, convencidos de la necesidad de que continuase el sistema político de Martignac y de Royer Collard, se retiraban de la Cámara para no producir un conflicto. Esto hicieron de Argenson y Chauvelin.

Otros motivos tenía, sin embargo, de disgusto la izquierda, y uno de los principales era su exclusión del gobierno. Creía, y creía bien, que puesto que era ella la que sostenía el gobierno, el gobierno les pertenecía, tanto como á sus aliados del centro derecho, ya que era ofensivo é injurioso para ella tenerla alejada del poder pretextando la antipatía del rey por el partido liberal incluso para Royer-Collard.

Martignac y la Ferronnays encontraban justo este modo de ver, pero no sabían cómo llegar á convenir al rey de la conveniencia de la entrada de los liberales, estando, sin embargo, la Ferronnays dispuesto á favorecerle retirándose del gobierno á causa de sus achaques, y tanto menos veían posible la ocasión cuando el rey y la duquesa de Berry regresaron de sus excursiones veraniegas de 1828, más absolutistas que nunca; pues habiendo sido recibidos en todas partes con las más vivas demostraciones de afecto, lo mismo en Alsacia que en la Vendée, creyeron que todo aquel entusiasmo de los absolutistas, siempre los primeros en demostrar su servilismo, era expresión fiel del sentimiento general del país, que no tenía por que demostrar su descontento, viendo ahora como se iba progresando bien que de una manera lenta.

Carlos X, no vaciló en manifestar á Martignac cual entendía ser el espíritu del país, de modo que el ministro constitucional del rey oía siempre á éste hablar un lenguaje francamente absolutista, y no sólo esto, sino manifestar siempre deseos de suprimir una Carta que decía Carlos X, no era victoreado en parte alguna, olvidando ya que Villele había caído al grito de ¡viva la Carta!

Imposible era, pues, abrir la puerta del poder á los liberales, y tanto más cuanto que también no tuvieron poco que hacer los ministros para impedir la entrada de Polignac, para quien, como ya hemos visto y dicho, quería Metternich la cartera de Estado para contrarestar la influencia de Rusia.

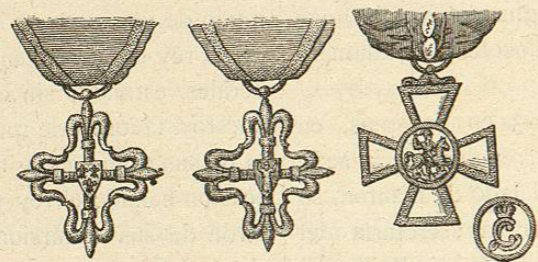
Polignac, obedeciendo al canciller austriaco, se presentó en París para abrir la crisis ministerial, pero Carlos X no se atrevió y tuvo que volver á su embajada de Londres. Esto mismo repitió al sufrir la

Ferronnays, en 2 de Enero de 1829, un ataque de apoplejía, pero también esta vez Carlos X se quedó indeciso, sin embargo dejó la sucesión vacante. Entonces comprendió Polignac que había de serle preciso forzar la prudencia ó temor del rey para que fuera llamado, y al efecto procuró reunir, formando un solo grupo, la derecha clerical con los ultras de la Bourdonnaie, lo que consiguió sin grande esfuerzo. La legislatura, pues, de 1829, iba á ser decisiva para el partido liberal y para la monarquía borbónica.

Resuelto á continuar el gobierno su obra liberal, creyó llegado el momento de tratar de la reorganización municipal y provincial. Lo que era ésta puede por adelantado suponerse, recordando sólo que siendo la obra del consulado y del imperio, la habían

dejado en pié todos los gobiernos reaccionarios de los borbones. En efecto, el rey, ahora como antes el emperador, no sólo nombraba á los gobernadores de las provincias, sino los municipios y los consejos provinciales que equivalen á nuestras diputaciones, y estos nombramientos los hacía en vista de la lista que le presentaban los gobernadores. Esta organización, era, pues, incompatible con la de todo gobierno constitucional. Sólo Richelieu se atrevió, durante la Restauración y antes que Martignac, á abordar el problema de la reorganización municipal y provincial de Francia, pero ésta convenía demasiado al régimen despótico para que consintieran en sacrificarlo aquellos á quienes ahora les tocaba manejar aquella arma de opresión y de corrupción; así Villele se hizo

ITALIA.—DUCADO DE LUCCA



San Luis, mérito civil

San Jorge, mérito militar

siempre el desentendido sobre esta reorganización.

Martignac presentó sus proyectos de ley sin lograr satisfacer á nadie. Por introducir el principio electivo levantaba á la derecha, por restringir el número de electores que él llamaba notables, á treinta y ocho mil para toda Francia, levantó á los liberales, Martignac defendía su obra diciendo que era el máximo de lo que podía hacer, porque el rey no consentiría más, y en este momento esta presión real, diga lo que quiera Gervinius, era ya intolerable. Si Gervinius cree que porque el rey no quería dar más al pueblo, la nación francesa había de aceptar lo que el rey le daba, tanto vale decir que el pueblo francés ó los pueblos en general, han de marchar al compás de los progresos de los reyes; si así se hubiese hecho de seguro que aún estaríamos donde nuestros abuelos ó bisabuelos. La coalición de la derecha y de la izquierda, era natural y forzosa. La izquierda que sostenía el gobierno tenía razón en pedir que el gobierno fuera liberal, pues liberal era su significación, y si el rey no quería serlo, el puesto de Martignac estaba no al lado del rey, sino al frente de la oposición liberal. El mismo empeño del gobierno de que pasara primero la ley municipal dejando para otra legisla-

tura la provincial, probaba que no era dueño de sus acciones, pues indudablemente lo primero que convenía era abolir los proconsulados provinciales de los gobernadores, quienes, por ser los que elegían las diputaciones y municipios, puesto que eran los que formaban las listas de elegibles, ó mejor las candidaturas, tenían todas las provincias sometidas á su acción personal indigna y humillante. Derrotado el gobierno en esta cuestión previa que tuvo porponente al general Sebastiani, pero por verdadero autor de su ponencia á Guizot, se presentó al rey y mediante su consentimiento, que se apresuró á dar, retiró los dos proyectos de ley que había presentado á la Cámara, proyectos que las comisiones respectivas que los habían estudiado habían liberalizado mucho, concediendo el derecho electoral á los mismos que lo disfrutaban para la elección de diputados.

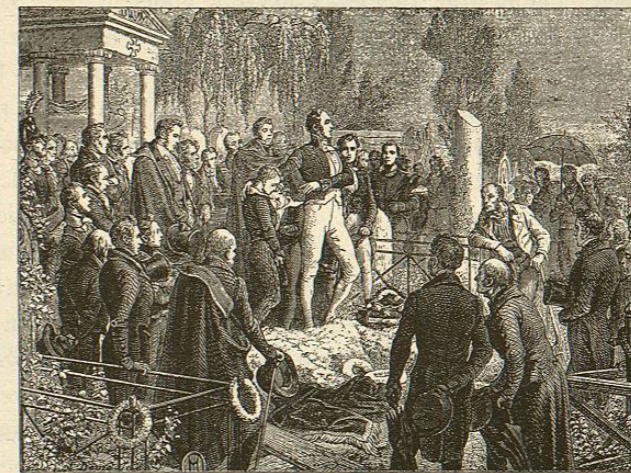
Ante este acto, ¿cuál fué la actitud de la Cámara? Si Gervinius hubiese meditado un poco sobre lo que él mismo cuenta, hubiera confesado que no estuvo desatentada la izquierda al rechazar la obra de Martignac, ó sea el mínimo de libertades municipales y provinciales que el rey quería conceder, pues la Cámara contestó á la actitud francamente

represiva del rey, votando la acusación de Peyronnet por ciertas transferencias que hizo, y reduciendo á doce el número de ayudantes del rey pagados por el presupuesto de la guerra, y asimismo redujo las fuertes asignaciones que disfrutaban los comandantes militares. Cuando una Cámara como la *retrouvée* manifiesta este espíritu, es necesario confesar que el espíritu del país iría ya más allá que el de la Cámara.

Que todas estas medidas parecieron al rey revolucionarias, nada tiene de sorprendente, puesto que en realidad lo eran: la lucha entre el rey y la Cámara había principiado, es decir, la oposición ya no se

hacía al gobierno, se hacía al monarca. La evolución, pues, se había completado. Y tan cierto es esto, que el rey se dispuso á resistir á la oposición nombrando un gobierno personal, y esto á espaldas de las cámaras y del gobierno.

En efecto, mientras estuvieron reunidas las cámaras, el rey permaneció impasible é indiferente. Esta pasividad del rey, Martignac la interpretaba como signo de la confianza que el rey dispensaba á su gobierno por su actitud ante la Cámara; pero los demás ministros estaban convencidos de todo lo contrario, y aun alguno de ellos, Portalis, estaba enterado de lo que se tramaba.



Funerales del general Foy

Si primero la venida de Chateaubriand, que había roto con Portalis, hizo creer en la inminencia del cambio ministerial, cuando Royer-Collard fué consultado por el rey sobre dicha modificación, ya la Cámara pudo darse por avisada. Royer-Collard le dijo á Carlos X que gobierno alguno conseguiría el apoyo de la Cámara, pero de esta advertencia no hizo caso Carlos X, quien se veía empujado á nombrar un gobierno de resistencia, lo mismo por Wellington que por Metternich, espantados por la situación política de Francia, que acababa de manifestar á donde se dirigía, eligiendo al general Cluseret en las Ardenas, con verdadero terror del monarca. Así, pues, cuando en los últimos días de la legislatura, se vió llegar á París á Polignac, ya no hubo quien no viera arribar al jefe del nuevo gobierno, sólo Martignac creía lo contrario.

Martignac y sus compañeros eran destituidos el día 7 de Agosto, esto es, siete días después de haber terminado las cámaras sus sesiones.

El día 8 de Agosto publicaba el *Monitor* la lista de los nuevos ministros. Estos eran, el odiado é infeliz mariscal Bourmont para el ministerio de la Guerra; el intolerante y exagerado la Bourdonnaie para Gobernación; en Justicia se puso á un tránsito de la izquierda, á Courvoisier; Chabral, un familiar del rey, obtuvo la Hacienda; el barón de Haussez, la Marina; el de Montbel, amigo declarado de Villele, la Instrucción y los Cultos; y Polignac el ministerio de Estado.

Nadie se engañó sobre la significación del ministerio, sino el ministerio mismo, que no quería ser un gobierno de reacción sino un gobierno de resistencia, como si su programa ó el programa que le atribuyó su prensa no fuera un programa de reacción. Decir *Basta de concesiones*, cuando el país estaba ansioso de reformas liberales, decirle al país que ninguna de sus aspiraciones sería realizada por este gobierno, era oponer al programa liberal del país el programa más reaccionario posible, porque, ya la reacción no